

que se abrigaban en ambas orillas lo bordeaban como una cinta de terciopelo negro. A lo lejos, sobre todo, la tela se ofrecía más admirable y más preciosa, como la encantada gasa de una túnica de hada. Después de la banda de pronunciado raso verde, con que la sombra de los puentes estrechaba el Sena, veíanse como lazos de oro, y paños de plegada tela color de sol. El inmenso cielo, reflejado en el agua, las hileras de bajos edificios, el verdor de ambos parques, parecían desvanecerse en el infinito.

A veces Renata, hastiada de aquel horizonte sin límites, crecida ya y trayendo del colegio curiosidades carnales, dirigía una mirada a la escuela de natación de los baños de Petit, cuyo barco se encontraba amarrado en la punta de la isla. Por entre las flotantes ropas colgadas con cordeles a guisa de techo, procuraba ver los hombres en calzoncillos, cuyos desnudos vientres se distinguían.

III

Máximo permaneció en el colegio de Plassans hasta las vacaciones de 1854. Tenía trece años y unos meses, y acababa de terminar el quinto año. Entonces fué cuando su padre se determinó a hacerle ir a París. Pensaba que un hijo de aquella edad le daría importancia, y le instalaría definitivamente en el papel de casado en segundas nupcias, rico y formal. Cuando anunció su proyecto a Renata, con la que se preciaba de gastar extremada galantería, ella le contestó con indiferencia:

—Está muy bien, manda venir al galopín... Nos divertirá un poquito. Por las mañanas nos aburrirnos que es un primor.

El galopín llegó ocho días después. Era un chicuelo alto y delgado, con cara de muchacha, de aspecto delicado y de sinvergüenza, y de cabello rubio claro. Pero, ¡qué mal vestido venía, santo Dios! Pelado hasta las orejas, con los cabellos tan al rape que la blancura del cráneo apenas se veía cubierta con ligera sombra; traía un pantalón demasiado corto, zapatos de carretero, una chaqueta horriblemente raída, demasiado ancha y que le hacía parecer casi jorobado. En aquel pergenio, sorprendido por cuantas cosas nuevas veía, miraba a su alrededor, sin timidez a pesar de todo, y con el aspecto montaraz y astuto de un muchacho precoz que vacila antes de entregarse de golpe y porrazo.

Un criado acababa de traerle de la estación, y encontrábase en el gran salón, con la boca abierta a la vista de los dorados muebles y del techo, en extremo feliz en medio de aquel lujo en que iba a vivir, cuando Renata, que volvía de casa de su sastre, entró como un huracán. Arrojó el sombrero y el albornoz blanco que se había echado a los hombros para guarecerse contra el frío, que ya apretaba; y se presentó a Máximo, estupefacto de admiración, en todo el esplendor de su maravilloso traje.

El muchacho la creyó disfrazada; llevaba una admirable falda de faya azul, con grandes volantes, sobre la cual se había echado una especie de levita de guardia francés, de seda gris claro. Los faldones del capote, forrado de raso azul más oscuro que la faya de la falda, estaban con suma gracia levantados y sujetos con lazos de cintas; los adornos de las lisas mangas y las

grandes solapas del corpiño, se extendían, guarnecidas del mismo raso. Y como complemento supremo, como atrevido rasgo de originalidad, unos gruesos botones imitando zafiros, fijos en lazos azules, bajaban a lo largo de la levita en doble hilera. Aquello resultaba feo y encantador al propio tiempo.

Cuando Renata distinguió a Máximo:

—Es el niño, ¿verdad? —preguntó al criado, sorprendida al verle tan alto como ella.

El niño la devoraba con la vista. Aquella señora de tan blanco cutis, cuyo seno se dejaba ver bajo la entreabierta chambra plegada, aquella aparición repentina y encantadora, con su peinado alto, sus delicadas manos enguantadas, sus botitas de hombre, cuyos puntiagudos tacones se hundían en la alfombra, le pasmaba, parecía la encantadora hada de aquella habitación tibia y dorada. Púsose a sonreír, presentándose tan sólo con la preciosa torpeza para no perder su gracia de galopín.

—¡Calle! ¡pues es gracioso! —exclamó Renata... Pero, ¡qué horror! ¿cómo le han cortado el pelo?... Escucha, amiguito mío, tu padre no volverá sin duda hasta la hora de comer, y voy a verme precisada a acomodarte... Sepa usted que soy madrastra, caballero. ¿Quieres besarme?

—Vaya si lo quiero—contestó Máximo sin vacilar.

Y besó a la joven en ambas mejillas, cogiéndola por los hombros, lo que apabulló un tanto su levita de guardia francés. Renata se desprendió riendo, mientras decía:

—¡Como hay Dios, que es gracioso el peloncillo!...

Y volviendo a él, con más seriedad, agregó:

—Seremos buenos amigos, ¿no es así? Quiero

ser una madre para usted. En esto reflexionaba, en tanto que esperaba a mi sastre, que se hallaba de consulta, diciendo para mí que debía de mostrarme muy buena y educar a usted por todo lo alto... ¡Será de lo más bonito!

Máximo continuaba mirándola con sus azules ojos de muchacho atrevido, y de repente:

—¿Qué edad tiene usted?—le preguntó.

—¡Pero si eso no se pregunta nunca!—exclamó juntando las manos. —¡Lo ignora el pobrecillo! Habrá que enseñárselo todo. Felizmente todavía puedo decir mi edad: tengo veintiún años.

—Pues yo pronto cumpliré catorce... Usted podría ser hermana mía.

Y no concluyó, pero bien agregaban sus ojos que esperaba encontrar mucho más vieja a la segunda mujer de su padre. Estaba muy cerquita de ella, y le miraba el cuello con tanta atención, que acabó casi por ponerse colorada. Por otra parte, su cabeza de chorlito daba vueltas, sin poder fijarse por largo tiempo en un mismo asunto; púsose a andar de acá para allá, a hablar de su sastre, olvidándose de que se dirigía a un niño.

—Yo habría querido estar allí para recibirle a usted. Pero figúrese usted que Worms me ha traído este traje esta mañana... Me lo pruebo y lo encuentro bastante bien. Tiene mucho *chic*, ¿verdad?

Habiase colocado delante de un espejo, y Máximo iba y venía tras ella, para verla por todos lados.

—No hubo más—continuó—sino que al ponerme la levita, reparé que hacía una gran arruga aquí, en el hombro izquierdo, mire usted... Resulta muy fea la arruga; no parece sino que tengo un hombro más alto que otro.

El se había acercado y pasaba el dedo sobre la arruga, como para asentarla, y su mano de colegial vicioso parecía distraerse en aquel sitio con cierta complacencia.

—A fe mía—prosiguió,—que no me pude contener. Mandé enganchar el carruaje y fui a decir a Worms lo que pensaba tocante a su inconcebible ligereza... Me prometió reparar el mal.

Después permaneció delante del espejo, contemplándose siempre, y, abstrayéndose en súbita meditación, concluyó por llevarse un dedo a los labios, con ademán de meditativa impaciencia. Y en voz muy baja, como hablando consigo misma, repuso:

—Falta algo... con seguridad que falta algo.

Entonces, con rápido movimiento, se volvió y, plantándose delante de Máximo, le preguntó:

—¿Está bien en realidad? ¿No le parece a usted que falta algo, casi nada, un lazo en alguna parte?

El colegial, tranquilizado por la franqueza y cordialidad de la joven, había vuelto a recobrar toda la serenidad de su descarado carácter. Dió algunos pasos atrás, volvió a acercarse, guiñó los ojos y murmuró:

—No, no; no falta nada; es muy bonito, muy bonito... Antes estoy en que hay algo de más.

Se puso algo colorado, a pesar de toda su audacia, adelantóse más aún y trazando con la punta del dedo un ángulo agudo en la garganta de Renata:

—Por mi parte—prosiguió,—yo escotaría así este encaje y pondría un collar con una gran cruz.

Renata batió las palmas, radiante de alegría. —¡Eso es, eso es!—exclamó...—Tenía la gran cruz en la punta de la lengua.

Apartó la chambre, desapareció durante dos

minutos y volvió con el collar y la cruz. Y poniéndose de nuevo ante el espejo, exclamó con aire de triunfo:

—¡Oh! magnífico, del todo magnífico... No es nada tonto el motilón. ¿Acaso vestías a las mujeres en tu tierra?... Es indudable que vamos a ser buenos amigos. Pero será menester que sigas mis consejos. Has de empezar por dejar que te crezcan los cabellos y por no llevar más esa horrible chaqueta. Después habrás de aprender con toda exactitud mis lecciones de distintos ademanes. Quiero que llegue usted a ser un lindo joven.

—Pues ya lo creo—dijo cándidamente el muchacho,—ya que papá es ahora rico, y que es usted su mujer.

Sonrióse ella y dijo con su viveza habitual:

—Entonces empecemos por tutearnos. Tan pronto digo tú como usted, lo que resulta de lo más tonto... ¿Tú me querrás?...

—Te querré con todo mi corazón—contestó con efusión de pillete sonreído por la fortuna.

Tal fué la primera entrevista de Máximo y de Renata. El muchacho no fué al colegio hasta el mes siguiente. En los primeros días su madrastra jugó con él como con una muñeca; lo debastó de la provincia, y hay que decir que en ello empleó una gran voluntad. Cuando se presentó, vestido de nuevo, de pies a cabeza, por el sastre de su padre, lanzó una exclamación de alegre sorpresa: estaba hermoso como un amorcillo; ésta fué su expresión. Tan sólo los cabellos empleaban en crecer una lentitud que desesperaba. La joven decía con frecuencia que todo el rostro se hallaba en la cabellera. Ella cuidaba la suya con verdadero cariño. Por mucho tiempo le había angustiado la de Máximo, de aquel color amarillo claro, que traía a la me-

moria la de la manteca fina. Mas cuando llegó la moda de los cabellos amarillos, sintióse hechizada, y para hacer creer que ella no seguía la moda neciamente, juró que se teñía todos los meses.

Los trece años de Máximo eran ya terriblemente precoces. Era la suya una de esas naturalezas débiles y prematuras, en las que los sentidos brotan antes de tiempo. El vicio en él apareció antes de que los deseos se despertaran. En dos ocasiones por poco no le echaron del colegio. Renata, a tener los ojos acostumbrados a las gracias provinciales, habría visto que no obstante el pergenio del peloncillo, como le llamaba, éste se sonreía, volvía el cuello y extendía los brazos por modo elegante, con aquel ademán femenino de las señoritas de colegio. Cuidábase mucho las manos, que eran delgadas y largas; si sus cabellos se mantenían al rape, por orden del director, antiguo coronel de ingenieros, poseía un espejillo que sacaba de la faltriquera, durante las clases, lo colocaba entre las páginas del libro, y en él se contemplaba horas enteras, examinándose los ojos, las encías, haciéndose gestos y ejercitándose en las coqueterías. Sus compañeros se le colgaban a la blusa, y se ajustaba en tal medida, que llegó a tener la cintura delgada y el balanceo de caderas de una mujer formada. La verdad era que recibía tantos golpes como caricias. El colegio de Plassans, madriguera de pequeños bandidos, como la mayor parte de los colegios de provincia, constituyó por tal modo un ambiente de corrupción, en el que se desarrolló con especialidad aquel temperamento neutro, que aportaba el mal, sin saberse por qué influjo desconocido y hereditario. Los años por fortuna le iban a corregir; pero la huella de sus abando-

nos de niño, aquella afeminación de todo su ser, de aquella época en que se había creído muchacha, debían de permanecer en él, herirle para siempre en su virilidad.

Renata le llamaba "señorita", sin saber que seis meses antes, habría dicho la verdad. Parecía sobrado obediente, muy cariñoso, y hasta sentíase con frecuencia molestada con sus caricias. Tenía un modo de besar que abrasaba la piel; mas lo que a ella le embelesaba era su travesura; era agudo y travieso a más no poder, atrevido, hablaba ya de las mujeres con sus sonrisitas y hacía frente a las amigas de Renata, a la amable Adelina, que acababa de casarse con el señor de Espanet, y a la gruesa Susana, casada hacía muy poco con el gran industrial Haffner. A los catorce años concibió por ésta una gran pasión; tomó por confidente a su madrastra, lo que divertía a Renata en gran manera.

—Por mi parte, yo habría preferido a Adelina—le decía,—es más bonita.

—Tal vez—contestaba el galopín,—pero Susana es mucho más gruesa... Me gustan las mujeres hermosas... Si fueses tan amable, le hablarías en mi favor.

Renata se reía. Su muñeca, aquel gran pillete con ademanos de muchacha, le parecía inapreciable desde que estaba enamorado. Hubo una ocasión en que la señora de Haffner tuvo que defenderse con seriedad. Por lo demás, aquellas señoras daban alas a Máximo con sus ahogadas risas, con sus medias palabras y sus actitudes de coquetas que adoptaban en presencia de aquel muchacho precoz. Entraba en aquello un tantito de relajación del todo aristocrática. Las tres, en su tumultuosa vida, encendidas por la pasión, se complacían en la

encantadora depravación del galopin, cual si se tratase de un excitante original y sin peligro que despertaba sus apetitos. Dejábanle tocar sus vestidos, rozar sus hombros con los dedos, cuando las seguía a la antecámara para ponerle sus salidas de baile; ellas se lo pasaban de mano en mano, riendo como locas, cuando les besaba las muñecas por el lado de las venas, en aquel sitio en que tan suave es el cutis; convertíanse después en maternales, enseñándole magistralmente el arte de ser galante y de gustar a las damas. Era para ellas un juguete, un hombrecito de mecanismo ingenioso, que besaba, que hacía la corte y que tenía los más seductores vicios del mundo, mas que quedaba siempre siendo un juguete, un hombrecillo de cartón a quien no se temía demasiado, pero lo suficiente, sin embargo, para sentir, bajo la presión de su infantil mano, dulcísimo estremecimiento.

Cuando se reanudaron las clases, Máximo concurrió al liceo Bonaparte. Era aquel el liceo del mundo aristocrático, el que Aristides había de elegir para su hijo. El muchacho, por débil y frívolo que fuera, estaba dotado a la sazón de clara inteligencia; mas de todo se ocupó menos de los estudios clásicos. Fué, no obstante, un discípulo correcto que no descendió jamás a la bohemia de los miserables y que supo mantenerse entre los señoritos convenientes y bien trajeados, de quienes nada se habla. De su juventud no le quedó más que una verdadera religión por el tocado. París le abrió los ojos, hizo de él un guapo mozo, esmerado en vestir, con arreglo a las modas. Era el Brummel de su clase. Presentábase allí como en un salón, calzado con elegancia, ajustado el guante, con corbatas sin rival y con flamantes som-

breros. Por otra parte, encontrábanse allí como una veintena, formando una aristocracia, ofreciendo a la salida cigarros habanos en cigarrerías con cierres de oro y haciéndose llevar su paquete de libros por un criado con librea. Máximo había conseguido que su padre le comprara un tilbury y un caballo negro, que eran la admiración de sus compañeros. Guiábalo él en persona, llevando en el asiento de detrás un lacayo con los brazos cruzados, teniendo en las rodillas la gran carpeta del colegial, verdadera cartera de ministro, de piel color de castaña. Y demostraba con qué ligereza, con qué soltura y corrección de movimientos venía en diez minutos desde la calle de Rivoli a la del Havre, paraba en seco el caballo a la puerta de liceo y echaba la brida al lacayo, "Santiago, a las cuatro y media, ¿quedamos así? Los tenderos de la vecindad sentíanse embobados por la gracia de aquel rubito, a quien veían con regularidad llegar dos veces cada día y volverse a marchar en su coche. A la vuelta acompañábase a veces algún amigo, a quien dejaba en la puerta de su casa. Ambos jóvenes poníanse a fumar, miraban a las mujeres y salpicaban de lodo a los transeuntes, como si regresaran de las corridas. Pequeño y sorprendente mundo, empollado de fatuos y de imbéciles que pueden verse a diario en la calle del Havre, correctamente vestidos, con sus ridículas americanas, echarla de hombres ricos y gastados, mientras que la bohemia del liceo, los verdaderos estudiantes, llegan gritando y empujándose, golpeando el empedrado con sus gruesos zapatos y con sus libros colgados a la espalda al extremo de una correa.

Renata, que quería tomar por lo serio su papel de madre y de institutriz, estaba embelesada con su educando. No omitía nada — hay que

decirlo — para completar su educación. Atravesaba a la sazón momentos rebosantes de despecho y de lágrimas; un amante la había dejado, con gran escándalo, a la vista de todo París, para enredarse con la duquesa de Sternich. Soñó en que Máximo sería su consuelo, se envejecía, se ingeniaba para echárselas de maternal, y convirtiéndose en el mentor más original que imaginarse pudiera. A menudo el tilbury de Máximo se quedaba en casa, y era Renata, en su gran carretela, la que iba en busca del colegial. Ocultaba la cartera color marrón bajo la banqueta y se dirigían al Bosque, del todo nuevo entonces. Allí le daba sus lecciones de elegancia por todo lo alto, indicábale los nombres de todo el París imperial, repleto, feliz, en éxtasis todavía ante aquel golpe de varita mágica que cambiaban los hambrientos y los granujas de la víspera en señorones, en millonarios, resoplando y perdiendo el sentido bajo el peso de sus cajas de caudales. Pero el muchacho, sobre todo, le hacía preguntas acerca de las mujeres, y, como quiera que ella se mostraba muy libre con él, dábale detalles preciosos; la señora de Guende era estúpida, pero admirablemente formada; la condesa Vanska, riquísima, había cantado en las calles, antes de casarse con un polaco, que la zurraba de lo lindo, según se decía; en cuanto a la marquesa de Espanet y a Susana Haffner, eran inseparables, y, aunque eran sus amigas íntimas, Renata agregaba, mordiendo los labios, como para no decir más, que acerca de ellas corrían por esos mundos las más sucias historias; la hermosa señora de Lawerens era horriblemente comprometedor, pero tenía lindos ojos, y todo el mundo, en conclusión, sabía que por lo tocante a ella era de todo punto irrepachable, aunque mezclaba, al-

go más de la cuenta, a las intrigas de las pobres mujercitas que con ella se rozaban, tales como la señora de Daste, la señora de Teissière, la baronesa de Meinhold. Máximo quiso tener los retratos de aquellas damas; y llenó con ellos un álbum, que colocó en la mesa del salón. Para poner en apuros a su madrastra, con aquella relajada astucia que era el rasgo dominante de su carácter, preguntábale detalles acerca de las muchachas de airada vida, fingiendo que las tomaba por mujeres de la buena sociedad. Renata, moral y seria, le decía que eran espantables criaturas, de las que era preciso librarse con todo cuidado; después, perdiendo los memoriales, hablaba de ellas como de personas a quienes hubiese conocido íntimamente. Uno de los mayores regocijos del muchacho consistía en inducirla a que hablara de la duquesa de Sternich. Cada vez que en el Bosque su coche pasaba al lado del suyo, no dejaba de nombrar a la duquesa, con maligna solapa, con mirada de reojo, para probar que estaba al tanto de la última aventura de Renata. Esta con voz seca, destrozaba a su rival; ¡qué vieja se iba poniendo! ¡pobre mujer! se enjalbegaba y tenía amantes escondidos en todos los almaríos y habíase entregado a un chambelán, tan sólo por meterse en el lecho imperial. Y no daba reposo a la lengua, mientras que Máximo, para sacarla de tino, decía que encontraba a la señora de Sternich deliciosa. Lecciones semejantes desarrollaban por modo singular la inteligencia del estudiante, tanto más cuanto que la joven institutriz las repetía por doquiera, en el Bosque, en el teatro, en los salones. El discípulo resultó sobresaliente.

Lo que a Máximo entusiasmaba ante todo, era el vivir entre las faldas, entre los trapos,

entre los polvos de arroz de las mujeres. Continuaba teniendo siempre algo de muchacha, con sus afiladas manos, su rostro imberbe y su blanco y redondado cuello. Renata, con la mayor seriedad, le consultaba acerca de sus trajes y tocados. Estaba al tanto de todos los buenos modistos de París, juzgábalos a todos con una sola palabra, hablaba de la gracia de los sombreros de fulano, y de la lógica de los vestidos de zutano. A los diez y siete años no había una modista, a quien no hubiese estudiado profundamente, ni un zapatero, en cuyo corazón no hubiese llegado a penetrar. Aquel particular engendro, que, durante las clases de inglés, leía los prospectos que su perfumista le dirigía cada viernes, habría sostenido una brillante tesis en todo París mundano, comprendidos clientes y proveedores, en aquella edad en que los chicuelos de provincias no se atreven a mirar aún a su niñera a la cara. Cuando regresaba del liceo, llevaba con frecuencia en su tilbury un sombrero, una caja de jabón, una joya, encargados el día anterior por su madrastra. Sucedió que en los bolsillos llevaba siempre algún trozo de perfumado encaje.

Pero lo que resultaba más de su agrado, era el acompañar a Renata a casa del ilustre Worms, el sastre genial, ante el cual las reinas del segundo imperio se postraban de rodillas. El salón del grande hombre era inmenso, cuadrado, guarnecido con anchos divanes, en el que se entraba con emoción religiosa. Los trajes de las damas exhalan a ciencia cierta un perfume que las es peculiar; la seda, el raso, el terciopelo, las blondas, habían como casado sus ligeros aromas a los de las cabelleras y de los ambarinos hombros; y la atmósfera del salón conservaba aquella tibieza bien oliente, aquella fragancia de

la persona y del lujo que trocaba la habitación en una capilla consagrada a alguna secreta divinidad. Forzoso era a menudo que Renata y Máximo hiciesen antesala durante largas horas; veíanse allí una veintena de solicitantes, esperando su voz, remojando bizcochos en vasos de vino de Madera, merendando en la gran mesa del centro, en donde se veían botellas y platos con pastelillos. Aquellas señoras se hallaban en su casa, hablaban con toda libertad, y cuando se apelotonaban en torno a la habitación, habríaselas tenido por una blanca bandada de hijas de Lesbos posadas en los divanes de un salón parisiense. Máximo, a quien toleraban y a quien querían por su aspecto de niña, era el único hombre admitido en aquel cenáculo. Allí saboreaba goces celestiales; deslizábase a lo largo de los divanes como ágil culebra; encontrábasele bajo unas enaguas, tras de un corpiño, entre dos faldas, en donde se reducía a la más mínima expresión, manteniéndose muy quieto y respirando el perfumado calorcito de sus vecinas, con gestos de niño de coro en el acto de recibir al Señor.

—Por todo se mete este pequeñuelo—decía la baronesa de Meinhol, dándole golpecitos en las mejillas.

Tan endeble era su complexión, que aquellas señoras no lo tenían por de mucho más edad que de catorce años. Se divertían en achisparle con el Madera del ilustre Worms; y él las decía las cosas más estupendas que les hacían derramar lágrimas de tanto reír. Con todo eso, la marquesa de Espanet fué la que dió con la frase que pintaba al vivo la situación. Como una vez se descubriese a Máximo, en un ángulo de los divanes, detrás de su espalda:

—He aquí un muchacho que debería haber na-

cido niña—murmuró, al verle tan sonrosado, tan ruboroso, tan penetrado del bienestar que sentía al lado suyo.

Después, cuando el gran Worms recibía por último a Renata, Máximo penetraba con ella en el gabinete. Habíase permitido hablar en dos o tres ocasiones, mientras que el maestro se absorbía en el espectáculo que le proporcionaba su cliente, como los pontífices de lo bello quieren que Leonardo de Vinci lo hiciera delante de la Gioconda. El maestro se había dignado sonreír ante la exactitud de las observaciones de Máximo. Hacía colocar a Renata en pie delante de un espejo, que ocupaba desde el suelo hasta el techo, y se recogía, con fruncimiento de cejas, mientras que la joven, agitada, contenía el aliento, para no hacer movimiento alguno. Y, al cabo de unos minutos, el maestro, como dominado y subyugado por la inspiración, diseñaba, a grandes y bruscos rasgos, la obra maestra que acababa de concebir, y exclamaba en entrecortadas y secas frases:

—Vestido Montespán, con faya color de ceniza..., la parte de detrás dibujando los contornos; por delante una faldilla redondeada..., grandes lazos de raso gris realzando las caderas..., por último, delantal abullonado de tul gris perla; los bullones separados por cordones de raso gris.

Y volvía a meditar, como si descendiese a lo más hondo de su genio; y con gesto triunfante de pitonisa sobre el trípode, concluyó diciendo:

—Pondremos en los cabellos, sobre esta cabeza riente, la soñadora mariposa de Psychis con alas de cambiante azul.

Mas en otras ocasiones la inspiración se mostraba rehacia. En vano la evocaba el ilustre Worms, concentrando sus facultades inútilmen-

te. Daba tortura a las cejas, poníase lívido, cogía con las manos su pobre cabeza, que movía con desesperación, y, vencido, arrojándose en un sillón murmuraba con plañidero acento:

—No, hoy no es posible... no es posible. Las señoras son indiscretas. El manantial se ha agotado.

Y despedía a Renata, repitiendo:

—Imposible, imposible, querida señora, ya volverá usted otro día... Esta mañana no puedo concebirla a usted.

La excelente educación que recibía Máximo ofreció su primer resultado. A los diez y siete años el muy granuja sedujo a la doncella de su madrastra y lo peor del caso fué que la doncella resultó en estado interesante. Fué preciso mandarla al campo con el fruto y constituirle una rentita. Renata se sintió horriblemente atormentada con aquel lance. Saccard tan sólo se ocupó en atender al lado pecuniario de la cuestión; pero la joven puso cual no digan dueñas a su educando. ¡Quería hacer de él un hombre distinguido, y comprometerse así con una muchacha de semejante estofa! ¡Vaya un modo de empezar más ridículo y más vergonzoso! ¡qué travesura tan inconcebible! ¡Si a lo menos se hubiese lanzado con alguna de aquellas damas!

—¡Pardiez! —contestó él con toda tranquilidad,—si tu buena amiga Susana hubiese querido, ella sería la que hubiese ido al campo.

—¡Oh! grandísimo pícaro—murmuró ella desarmada y hasta alegre ante la idea de ver a Susana refugiarse en el campo con una renta de mil doscientos francos.

En seguida le acudió a la mente una idea todavía más chistosa, y olvidando su papel de madre irritada y lanzando carcajadas que parecía

querer contener, balbuceó, mirándole con el rabillo del ojo:

—Conque dime, ¿habría sido Adelina quien te habría seducido y quien habría meditado un escándalo?...

No concluyó y Máximo la acompañaba riendo.

Tal fué la deliciosa caída que produjo la moral de Renata, en aquella aventura.

Entre tanto, Aristides Saccard no se inquietaba gran cosa de los dos niños, como llamaba a su hijo y a su segunda mujer. Dejábalos en absoluta libertad, considerándose dichoso al verlos tan buenos amigos, lo que llenaba la casa de ruidosa alegría. Singular habitación era aquella, situada en un primer piso de la calle de Rivoli. Las puertas todo el día en movimiento, y los criados hablaban en alta voz; el lujo nuevo y deslumbrador veíase atravesado a la continua por el ir y venir de faldas y volantes enormes, por procesiones de proveedores, por el gran desorden y batahola de las amigas de Renata, de los compañeros de Máximo y de los visitantes de Saccard. Este recibía, de nueve a once, la gente más extraña que uno puede imaginarse: senadores y pasantes de escribano, duquesas y vendedoras de tocados, toda la espuma que las tempestades de París lanzaba por la mañana a su puerta, trajes de seda, faldas sucias, todos a quienes acogía con el mismo tono del que tiene prisa, con los mismos ademanes nerviosos y de impaciencia. En dos palabras despachaba los negocios, resolvía veinte dificultades a un tiempo y daba las soluciones en un periquete. Diríase que aquel hombrecillo bullicioso, de estentórea voz, luchaba en su gabinete con los muebles, daba vuelcos y andaba a testaratazos en el techo con la cabeza, para hacer que brotaran las ideas, y caía siempre victorioso y de

pie. Luego, a las once, se echaba a la calle y no se le veía el pelo en todo el día; almorzaba fuera y hasta muy a menudo comía fuera también. Entonces, dicho se está, que la casa pertenecía a Renata y a Máximo. Apoderábanse del gabinete del padre; desataban las cajas de los proveedores y las telas quedaban sobre los respaldos de las sillas. A veces las personas serias tenían que esperar una hora a la puerta del gabinete, en tanto que el colegial y la joven discutían sobre un lazo de cinta, sentados a los dos extremos de la mesa escritorio de Saccard. Renata mandaba enganchar diez veces al día. Era una rareza que comiesen juntos; de los tres, dos de ellos corrían, se olvidaban de todo y no volvían hasta media noche. Casa de bullicio, de negocios y de placeres, en donde la vida moderna, con su ruido de oro contante y sonante y con sus trajes magullados, se abría paso como un huracán.

Aristides Saccard había dado al fin con su ambiente. Habíase revelado como gran especulador, gran fabricante de millones. Tras del golpe maestro de la calle de la Pépinière, lanzóse atrevidamente a la lucha que empezaba a sembrar a París de vergonzosos despojos y de fulgurantes triunfos. En un principio jugó a golpe seguro; repitiendo su primer éxito, comprando inmuebles que sabía estaban amenazados con la piqueta, y valiéndose de sus amistades para obtener crecidas indemnizaciones. Hubo un instante en que tuvo cinco o seis casas, aquellas casas que por tan extraña manera consideró en otro tiempo, cual si fuesen amistades suyas, cuando no era sino un simple agente inspector. Mas aquello no era sino la infancia del arte; cuando hubo sacado el jugo a los arrendamientos, maquinado con los inquilinos,